

A black and white photograph of railroad tracks receding into the distance. The tracks are made of metal rails on wooden ties, with gravel ballast between them. The perspective is from a low angle, looking down the tracks as they curve slightly to the right. The lighting is dramatic, with strong highlights on the rails and deep shadows in the ballast.

*Tren  
sin  
destino*

**E**l Perú es un país minero. Pocos se atreverían hoy a refutar esta afirmación. El tren del progreso ha arrancado ya y somos los peruanos los que tenemos que subirnos a sus vagones. No importa de qué parte del país vengamos: es lo que nos toca hacer para llegar al desarrollo, a la construcción de nuestra resquebrajada nación. Lo dice Ollanta Humala, pero también Piñera y Evo: el camino hacia el progreso está construido sobre las ganancias que dejarán los grandes proyectos de extracción, sea minera, petrolera o energética.

Sin embargo, muchos latinoamericanos no quieren abordar ese tren, o locomotora como la llama el presidente colombiano Juan Manuel Santos. ¿Y por qué no quieren? Para el poder político y empresarial, aquellos que no quieren subirse no buscan el desarrollo. Son, al igual que Gregorio Santos, enemigos del progreso y, por ende, del país. Mendigos sentados sobre un banco de oro, ilusos que viven el día a día desperdiciando toda la materia prima de la que podrían vivir holgadamente.

No hay que ser un fino analista para reparar en que todas estas afirmaciones traen consigo una fuerte carga de discriminación, ingenuidad e incluso desprecio. Es el desprecio hacia el otro: hacia las culturas que no conocemos o no entendemos, hacia la gente que ve las grandes huellas que dejan las 4x4 en los ajados caminos de las comunidades altoandinas o amazónicas. No es que no suban al tren porque no les da la gana: el tren no pasa por la estación más cercana, no hay cómo subirse. Y no hay por qué, tampoco.

Si los países del Tercer Mundo crecen siguiendo este veloz y arrasador tren, el crecimiento dejará inmensas resquebrajaduras en su camino. A fin de cuentas, estos vacíos serán llenados por las marchas, los reclamos y las manifestaciones que comienzan siendo pacíficas y terminan cobrando muchas víctimas. El problema no es trivial: el modelo extractivista que los presidentes latinoamericanos—sin importar si son de derecha o de izquierda—defienden como motor principal del progreso es débil y tiene grandes limitaciones. Una de ellas, quizá la más importante, es que no reconoce que, en su camino, el tren del desarrollo se reserva el derecho de admisión de algunos pasajeros. Ellos son los que alzarán la voz, como lo vienen haciendo, y ya no esperarán más ser escuchados con los brazos cruzados. ■